

IMAGINATIO VERA

ATALANTA

163



PIERRE MABILLE
EL ESPEJO
DE LO MARAVILLOSO

PRÓLOGO
ANDRÉ BRETON

TRADUCCIÓN
ADRIÀ PUJOL CRUELLS



ATALANTA

2024

En cubierta: *Puck*, Richard Dadd, 1841,
Harris Museum & Art Gallery, Preston
En guardas: *Acanthophracta*, *Cyrtoidea* y *Cystoidea*, *Echinidea*,
Obras de arte de la naturaleza, Ernst Haeckel, 1904

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento
de esta obra.

Todos los derechos reservados

Título original: *Le Miroir du Merveilleux*
© 1962 by Les Éditions de Minuit
© De la traducción: Adrià Pujol Cruells
© EDICIONES ATALANTA, S. L.
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-128423-0-2
Depósito Legal: GI 416-2024

Índice

Prólogo: Puentes levadizos
por André Breton

11

Introducción

23

I. La creación

89

II. La destrucción del mundo

137

III. Atravesar los elementos

157

IV. Atravesar la muerte

193

V. El viaje maravilloso

235

VI. La predestinación

279

VII. En busca del Grial

313

Notas

397

Índice onomástico y de textos citados

409

NOTA EDITORIAL

Atalanta agradece a las editoriales Akal, Alianza, Almuzara, Cátedra, Debolsillo (Penguin Random House), Navona, Siruela y Visor la cesión de los derechos de los textos citados (cuya referencia bibliográfica completa se indica en las correspondientes notas del final), así como a los traductores: Consuelo Álvarez, Manuel Álvarez Ortega, Mauro Armiño, Vicente Campos, Alejandro Coroleu, Catalina Gallego Beuter, Santiago González Noriega, Rosa M.^a Iglesias, Marie-José Lemarchand, Víctor Millet, Miguel Rivera, Antonio Rivero Taravillo, José Roviralta, Bernardo Santano, Manuel Serrat Crespo, Francisco Torres Oliver, José Ignacio Velázquez y Cristina Vidal.

El espejo de lo maravilloso

Prólogo

Puentes levadizos

Hombre de gran sensatez, el único al que he visto mantenerse en el nudo donde se cruzan las vías de comunicación mejor trazadas con las sendas más antiguas, hoy tan embarradas de vanidad pero que para él conservaban todo su atractivo y sus promesas, ése fue Pierre Mabilie, que, a juzgar por la luz que todavía desprende, lo sigue siendo. Era un explorador en el pleno sentido de la palabra, pues no sólo desarrolló una extensa actividad como médico, partícipe de las investigaciones científicas más avanzadas, sino que su campo especulativo, lejos de reducirse a lo que la ciencia le revelaba, comprendía al mismo tiempo el conjunto del pensamiento esotérico, en el que se había formado más allá de sus brillantísimos estudios médicos y quirúrgicos. Esas ideas, en virtud de su carácter tradicional, le atestiguaban por sí solas el «alma de verdad» que albergaban, y Mabilie, siendo un apasionado de la verdad, se impregnó de ellas. Por eso en él tendía a resolverse la querrela entre antiguos y modernos, aunque no sin colisiones ni ocasionales incertidumbres, de gran resonancia humana, en las que residían sus propias y distintas maneras de

desenvolverse, lo que en gran parte contribuía a su peculiar encanto. Por lo que respecta a los pormenores de la vida, a la presteza de su determinación –como la que requieren las operaciones médicas–, nadie sabía transmitir mejor los amplios vuelos de la ensoñación, al atardecer, mientras hablaba, acercándose de tanto en tanto a posturas de la filosofía hermética que hacían que fuese recobrando el vigor. Hay pocas miradas que me hayan complacido tanto como la suya, lo que no se ha visto mermado en lo más mínimo por su desaparición física.

Vuelvo a vernos a ambos en 1934 como si fuera ayer, elaborando el significado de nuestros respectivos textos en *Minotaure*, y, ahora como entonces, siento el fuego que aportó, empezando por su «Préface à l'éloge des préjugés populaires» [Prefacio al elogio de los prejuicios populares],¹ que constituía una profesión de fe (algo torpe, pero tanto más conmovedora por ello: seguía firmando como «Doctor Pierre Mabille»). El documento giraba en torno a sus investigaciones sobre morfología física y psicológica, que continuarían siendo su tema principal y que con toda razón pensaba que apoyaban el surrealismo.² En aquel momento y lugar se produjo uno de los encuentros más importantes que he tenido nunca, un encuentro que fue determinante, creo poder decir, para ambos y en el que nuestra confianza mutua quedó sellada sin vuelta atrás.

Pasarían dos años antes de que, en el número 8 de *Minotaure*,³ se dieran a conocer algunas de sus fuentes; ocurrió en sus «Notes sur le symbolisme» [Notas sobre el simbolismo], que, ateniéndose a la perspectiva de la revista, ilustró con los magníficos grabados de Theodor de Bry que adornan *Atalanta Fugiens* [La fuga de Atalanta] (1618), de Michael Maier. Rigurosamente adaptadas a su contexto alquímico, esas láminas ofrecen por sí mismas –es decir, consideradas de manera independiente– la piedra de toque más decisiva para evaluar, tanto en el arte figurativo de siempre

como en lo que hoy se jacta de promover nuevos «signos», cuanto se supone que salta a lo desconocido y se apodera del misterio. Del texto de Mabile, que se apoya en estas imágenes, se desprenden con claridad sus dos principales preocupaciones: en primer lugar, su deseo de establecer que, contrariamente a la opinión actual, el símbolo pertenece a la realidad *externa* y está vinculado *orgánicamente* con el objeto, siendo el funcionamiento de la mente humana por entero dependiente de la representación simbólica así concebida; en segundo lugar, su sugerencia de que ciertos grupos humanos, con una lealtad compartida, pueden constituir un todo dinámico capaz de someter a las fuerzas externas.⁴

Permítaseme un momento de subjetividad: no quiero que parezca que he olvidado al ser que sabía mostrar el mayor entusiasmo, que se expresaba con toda naturalidad gestual en cualquier circunstancia, cuya presencia era increíblemente cálida y que tantas veces me procuró consuelo. Con las mismas hermosas manos que la trajeron al mundo, lo veo al día siguiente trazándome en una hoja la carta astral de mi hija «al minuto», y vuelvo a oír su discurso sobre ese sutil método –multidialéctico e ingenuo– de predicción. Conviniendo en que hoy la astrología apenas sobrevive gracias a la memoria tradicional, que rara vez basta para legitimarla, su intención era conservar el sentido simbólico del lenguaje antiguo. Consideraba asimismo que el propio método astrológico era fértil, que el principio en el que se fundamentaba merecía ser preservado por su simple hipótesis. En los oscuros días en los que tuve que recurrir a su consulta por cuestiones de salud, los cuidados que me dispensaba, lejos de limitarse a las necesidades físicas, se extendían a las morales, debido a ese raro don que tenía para restaurar la serenidad. Extraía este poder de su convicción de que «la espiritualidad es más fuerte que las fuerzas materiales», en el caso de que se opusieran, y de que, «en conse-

cuencia, la transformación de estas últimas en posibilidades morales» era el objetivo del ser humano.⁵ Según él, ese arte «de elevarse en lugar de descender» –la poesía no obedece a un imperativo menor– se lo debía a la alquimia, en la que este esquema se inscribe como una filigrana. Gracias a esto, como a su buen humor, lo sorprendente era que la deuda que contraías con él, cada vez mayor con el transcurso de los días, no te pesara más que un puñado de flores silvestres.

Los largos y delicados intercambios que permitían nuestras entonces frecuentes conversaciones quizá no den la medida completa de su personalidad. Eso requeriría todo el entramado de circunstancias que determinó el armisticio firmado en junio de 1940. Hallándome desmovilizado en la «zona libre» y despojado de todo medio de subsistencia, lo primero que pensé fue buscar asilo allí donde él se encontrara. Nos reunimos en Salon-de-Provence; me recibió con los brazos abiertos y no nos separamos durante varios meses. En aquellos tiempos extremadamente agitados, en los que nadie podía saber con certeza cómo caerían los dados, en los que el engaño y el descaro eran moneda corriente, en los que el futuro sólo podía tolerar los más breves intervalos de calma, Mabille seguía siendo el mejor conspirador y el más hábil en salvaguardar, aunque fuera en un segundo plano, lo más sagrado que pudiera haber en los entresijos del espíritu. Pocas personas poseían, y menos aún en aquella época, una mente como la suya, que tomaba su fuerza vital del trabajo de los investigadores medievales. Pocos podían ser tan elocuentes como él cuando sabía que alguien lo escuchaba, y pocos demostraban ante los acontecimientos tanta disponibilidad y flexibilidad como las que él oponía a la opresión y la cobardía.

Siempre fiel a su vocación antropológica, siguió siendo aquel para quien ya no eran letra muerta los términos *solve* y *coagula*, absorción y dispendio, actuar y sufrir, en cuyos aspectos tanto específicos como generales reconoció y re-

vitalizó de una vez por todas las seis ataduras o tendencias primigenias atribuibles a la existencia. De este modo se aseguó de que ninguna restricción *externa* pudiera prevalecer frente a ellas. Pero uno de sus rasgos más entrañables era su condición de *hombre de grandes conjeturas*. Cuántas veces, bajo los árboles de un café de Salon –del Salon donde yace Nostradamus–, lo vi lidiando con el enigma de las *Centurias*, discutiéndolo con Pierre Piobb, su difunto maestro, como si éste aún estuviera en este mundo. Es imposible exagerar el papel de Piobb –que fue el primer traductor de los tratados de astrología general y geomancia de Robert Fludd– en el desarrollo espiritual de Mabille. A este respecto, es de gran importancia referirse, entre las obras de Piobb, a *Le Secret de Nostradamus* [El secreto de Nostradamus] y a la admirable *Vénus* [Venus],⁶ a la que, en su colección de los Misterios, sólo sigue una *Hécate*⁷ que ha despertado tras un sueño de medio siglo. Todo lo que puedo hacer aquí es ofrecer un atisbo del papel que desempeñó Mabille en ese tipo de pensamiento discursivo basado en los conocimientos más sólidos y en el gusto por escrutar con largas antenas.

Esta última tendencia explica el homenaje que le rendí al dedicarle mi poema «Pleno margen»; lo empecé al final de nuestra estancia en Salon y lo terminé en Martigues, siempre a su luz. Acampábamos entonces en una especie de territorio nebuloso que él iluminaba con sus ingeniosísimas soluciones a las penurias y con sus ocurrencias. Sin embargo, fue allí donde nos llegó la noticia –para mí, un golpe horrible y fatídico– del asesinato de León Trotski. Habiendo experimentado profundamente las esperanzas que la Revolución de Octubre había hecho nacer y habiendo seguido paso a paso su proceso de envilecimiento, sin duda se dio perfecta cuenta de lo que había estallado, de lo desesperadamente injusto que era al no ofrecer ninguna posibilidad de recurso a escala humana. Pero, al contrario que yo,

lo hizo sin derrumbarse en sollozos. También allí, al final de aquel día, descubrí, como por ensalmo de su mente, que sólo él sabía mirar *a lo lejos*, aunque siempre con absoluta consideración hacia mi dolor.

Ambos pasamos un tiempo fuera de Francia y tuvimos que esperar algunos años para reencontrarnos; lo hicimos en Haití, adonde él me había mandado llamar. Omitiré los incidentes que marcaron el inicio de mi viaje porque, para mi gran desdicha, iban a tener desafortunadas repercusiones en sus actividades como agregado cultural en Puerto Príncipe, hasta el punto de que pusieron en peligro una misión que le era muy querida, la de fundar y organizar el Instituto Francés en esa ciudad. Aunque habría estado justificado que me atribuyera la responsabilidad casual de su desgracia, una vez más fue lo bastante generoso para no guardarme rencor y para procurar que nuestra relación no se viera afectada en lo más mínimo. Aún era muy temprano y, como todas las mañanas, su agenda de operaciones en el hospital estaba repleta. Su coche, diríase que teledirigido, atravesó los suburbios a toda velocidad, dispersando a duras penas las masas humanas, sólidas y en continuo movimiento, que enseguida volvieron a formarse detrás de él como mercurio. La increíble destreza de su conducción se me hizo evidente una vez más, dando testimonio de su perfecto autocontrol en el plano de la acción práctica. Lo cual volví a comprobar durante una hora de asueto en la playa, cuando emergió empapado cargando con un coral rojo y rosa que había sacado de las profundidades. No conozco a ninguna otra persona que se entregara con tanta avidez, con tanto fervor, al espectáculo de la naturaleza: no hay duda de que con conocimiento de causa, por la excelente razón de que hizo suya la ambición de justificar, según sus propios métodos, una visión resueltamente *monista* del mundo. Según este punto de vista, no sólo se impone rechazar, en efecto, la separación entre mente y materia, sino que al ser humano únicamente

le cabe concebirse como un microcosmos llamado a progresar en su propio conocimiento interrogando las leyes que lo regulan a él y al universo entero.

Para quien ha adquirido tal convicción y se mantiene en todo momento a ese nivel –tal era el caso de Mabilie–, se abren grandes espacios, terrenos que Hölderlin y Nerval descubrieron en su tiempo y en los que cada uno, por sí solo, no puede avanzar más que en silencio. Mabilie aludió a esta «palabra de luz» que debe preservarse en algún lugar.⁸ Al final de la presente obra, donde aborda el misterio del amor, es como si se llevara el dedo a los labios: «Más allá de este umbral, ninguna palabra suena...», porque es incontestable que también era un *hombre de grandes secretos*. Este aspecto coincide con la imagen que, quizá con mayor precisión que cualquier otra, conservo de él. Frente a mí, remando lo más despacio posible entre los juncos de un lago, como si no pudiera haber nada más misterioso ni más bello (me parece que, sin saberlo, Max Ernst expresó esto mismo en un lienzo precisamente titulado *El ojo del silencio*). Habíamos llegado entre las tres y las cuatro de la madrugada, con la luna creciente aún muy brillante y, en esa latitud, en posición de barca horizontal, lo que siempre me causaba asombro. El truco consistía en entrar con la suficiente cautela para no asustarlas; era el único modo de poder presenciar cómo despertaba aquella variedad de especies de grandes aves, entre las que más tarde vi, surgiendo de todas partes, garcetas blancas. No podía negar que una sola visión del mundo, la de Mabilie, había sido capaz de revelarme tal estallido.

No se ha pasado de página, y, sin embargo, el paisaje ha cambiado: el cielo, furiosamente barrido, vaciado de su azul, tira en direcciones opuestas hacia tonos de negro ácido y ahumado, como en las pinturas «pesadas» de Hector Hyppolite. En la penumbra, cuanto más avanzamos, más arbustos grises de bayahonda asoman, cerniéndose

sobre nosotros a su inquietante manera; Jacques Roumain no pudo evitar que lo persiguieran en su bello libro *Gobernadores del rocío*. Estos arbustos son tanto más impene-trables cuanto que parecen condensarse en ellos, cada vez con mayor intensidad a medida que nos acercamos a nues-tro destino, las hechizantes reverberaciones de los tamtams. Mabilie me conduce hacia uno de esos *houmforts*, o templos vudús, en los que dentro de un rato, de forma más o menos clandestina, va a celebrarse una ceremonia que se repetirá unas ocho veces durante mi estancia en la isla. La comple-jidad del ritual vudú es tan grande que, sin recurrir a obras especializadas,⁹ uno sólo puede hacerse una pobre idea de él; e intentar arrojar aquí algo de luz sería, a mis ojos, profa-narlo. Además, mi propósito es por entero distinto: mostrar que lo que más valoro de la oportunidad que tuve de asis-tir a estas ceremonias auténticas (de las que, en general, se excluía a los blancos) sigue siendo hasta qué punto bastaba la amistad de Mabilie para concederme espontáneamente todos los privilegios que él se había ganado. Siempre era recibido con gran consideración por el *houngan* o la *mambo* que presidiera el ritual y conducido primero al *pé* –es decir, a la piedra del altar–, donde él hacía con las manos la mímica de los actos sagrados. El patetismo de la ceremonia vudú me dejó una impresión tan duradera que no puedo afirmar que sea capaz de extraer su espíritu generador de los persistentes vapores de sangre y ron, ni de ponderar su significado real. Lo que las ceremonias me ofrecieron fue la oportunidad de sumergirme en su atmósfera, de abrirme al torrente de fuerzas primigenias que ponían en práctica. A menudo ha-blaba de ellas con Mabilie, cuyos conocimientos al respecto eran mucho más profundos que los míos, pero él siempre lo hacía de forma indirecta, en este caso desde el ángulo de «estar poseído», algo que ambos conocíamos (del hospital de la Salpêtrière) por antecedentes clínicos. A la vista del sincretismo que culminaba en el culto vudú, pasamos mu-

cho tiempo preguntándonos en voz alta sobre el «estilo» de tales posesiones, dudando de que fueran importaciones íntegramente africanas. Ambos nos inclinábamos a encontrar rastros de mesmerismo, lo que resultaba plausible –y de lo más fascinante– por el hecho de que en 1772 desembarcó en Santo Domingo, acompañado de un negro con «poderes psíquicos», una figura que a mi juicio resulta en extremo enigmática y cautivadora: Martínez de Pasqually. Fue éste quien dotaría a la isla de un «Tribunal Soberano», fundaría una logia en Puerto Príncipe, otra en Léogâne, y daría forma final y definitiva a su Estatuto de la Orden de los Elegidos Cohen antes de morir en Haití en 1774. Nunca renunciamos a seguir esos retazos de información oral que pudieran conducirnos al lugar exacto donde fue enterrado, todavía un misterio, y, quién sabe, tal vez incluso nos permitieran levantar el velo fosforescente que lo mantenía oculto.¹⁰

Por mucho que me beneficiara de estos intercambios, que en la mayoría de las ocasiones se daban al atardecer, a la sombra de los árboles de una terraza situada en el barrio residencial de Pétionville, donde dos intrépidas lagartijas rodeaban el pie de la lámpara en cuanto se encendía, lo que más me satisfacía entonces de la compañía de Mabilie era exactamente lo que más valoraba cuando me abría la puerta del *houmfort*: su capacidad, más allá de todas las barreras de rango, origen y cultura, de estar en pie de igualdad con grupos étnicos que en lo fundamental eran tan diferentes del suyo, de empatizar enseguida con sus aspiraciones y de saber sacarles provecho en beneficio de su propio perfeccionamiento interior. Quizá radicara ahí su rasgo más distintivo: era el *hombre de grandes parentescos humanos* por antonomasia. Y, lo que es más, su mensaje final fue ensalzarlos incondicionalmente.

Si, como algunos lo ven, el objetivo de Mabilie era «alcanzar una comprensión sintética del mundo y devolver este conocimiento al ser humano», huelga decir que, por

otra parte, nunca sacrificó a tal fin las aportaciones del análisis psicológico más avanzado. No sólo Freud y Piaget conformaban su pensamiento de manera precisa, sino que, de nuevo, nadie fue más lejos que él a la hora de subrayar las debilidades de las «técnicas proyectivas» tal y como se utilizaban en la exploración psicológica, a las que, sin embargo, creía necesario dedicarse. Como demostró estar preocupado sobre todo por el equilibrio, uno esperaría que exigiera a la psicología experimental unos sólidos conocimientos biológicos a la par que unas prácticas rigurosas de observación. Tampoco en este caso se trata de una abstracción, sino de lo que vi con mis propios ojos cuando sacó de una caja las piezas de una especie de juego de construcción infantil (el cual, según supe después, él mismo había perfeccionado meticulosamente) y las colocó sobre la mesa de la que acababan de retirar nuestra cena. «Haz tu aldea», me dijo. Debido a la concisión de la frase y a su expresión irrefutable, mi partida quedaba descartada. La escasez de estos elementos no hacía sino acentuar la sobreabundancia de otros de los que uno podía prescindir a voluntad y que a duras penas se prestaban como sustitutos. Me marché, suficientemente humillado por la prueba. Para compensar, Mabile, con su sencillez y vivacidad habituales, me reveló su razón de ser.¹¹ Lejos de preocuparse por explotar las correcciones fundamentales que había introducido en sus datos tras someterlos a una larga experimentación personal, o los hallazgos que el experimento ya había revelado, se mostró al acecho de cuanto pudiera aguardarle, hasta el punto de querer hacerme socio de sus posteriores investigaciones en este sentido. Una vez más, lo que pretendo hacer comprender es lo ejemplar y excepcional que era su actitud para nuestra época. Él mismo dijo que había retomado una de las ideas más ampliamente abandonadas, la de los «realistas» de la Edad Media, para quienes «no existe ninguna diferencia fundamental entre los elementos del pensamiento y los fenómenos del mundo».

Denunció el creciente conflicto entre, por un lado, las necesidades humanas y, por otro, el estado de las ciencias, que habían dejado de alimentar nuestra transformación interior. Era precisamente mediante la rehabilitación y exaltación de los valores del *corazón* como esperaba que el entendimiento humano se enderezara.

Hace diez años que, sin previo aviso ni para sus amigos ni para él mismo, Pierre Mabilie nos dejó. Diez años –más o menos el tiempo que precisa una mente tan expansiva como la suya para enfrentarse a la oscuridad y resurgir de ella– para que su mensaje se asiente y adquiera tanto la claridad como el poder necesarios para llegar a quienes aún no lo conocen. A la espera de estudios críticos que abarquen el conjunto de su obra –ninguna investigación podría ser más fructífera–, no hay mayor imperativo que la reedición del *Espejo de lo maravilloso*. En efecto, el lector se encontrará ante la fuente misma del resplandor de Mabilie y, me permito añadir, ante una de esas obras monumentales sin cuyo desciframiento renunciaríamos, de una vez por todas, a comprender el espíritu *surrealista*. Concebida en estrecha colaboración con quienes reivindicaban ese espíritu, pone en juego considerables recursos que sólo a él pertenecían. ¿Quién más, en la medida en que osó emprender tal asimetría, podría fundir los acentos de cierta poesía moderna con los de los textos que clasificamos como «sagrados»? Esa tarea requería precisamente la libertad y la capacidad de fuga que sólo confiere el dominio de disciplinas tan diversas.

El espejo de lo maravilloso... Que no quepa duda de que Pierre Mabilie hizo pesar –en polvo de oro– los dos términos de este título. Nada define mejor lo maravilloso que su oposición a «lo fantástico», que, por desgracia, nuestros contemporáneos tienden cada vez más a utilizar como su sustituto. El problema es que lo fantástico casi siempre cae en el orden de la ficción intrascendente, mientras que

lo maravilloso ilumina el extremo más alejado del movimiento vital y comprende todo el ámbito de las emociones. En cuanto al espejo, nos hace saber que, si es posible encontrar en él una comparación con nuestro espíritu, debemos reconocer que «su plateado consiste en el rojo fluir del deseo».¹²

ANDRÉ BRETON

París, mayo de 1962

Imaginatio vera

«Aunque adoro abandonarme al encanto de tales relatos y sentir cómo resuenan en mí, he decidido que esta obra tome una dirección totalmente distinta. Quiero que sea una colección de mapas, desde la cartografía de los sentimientos apasionados hasta el planisferio celeste, pasando por los diagramas en los que los piratas representaban la ubicación de su tesoro enterrado.»

Pierre Mabilie

Escrito en 1940, este libro es un verdadero fresco antológico, una especie de viaje iniciático a través de textos de Lewis Carroll, William Blake, Rimbaud, Goethe, Julien Gracq, Kafka, Ovidio o Platón, así como de cuentos y leyendas indios, árabes, finlandeses o australianos, que se presentan como ese mundo maravilloso que todos tenemos dentro. Toda una exploración del universo poético en torno a diferentes temas arquetípicos, como la creación y destrucción del mundo, la lucha contra la muerte, los viajes fantásticos, la predestinación, la búsqueda del Grial o la potencia mágica del amor.

Pierre Mabilie [1905-1952] ejerció de médico en varios hospitales de París, pero su vasta curiosidad intelectual comprendía también las matemáticas, la física y el esoterismo. En 1934 conoció a los surrealistas, entre ellos a Breton y Duchamp, con los que colaboró en la revista *Minotaure*. En 1940 viajó en barco a Orán y a otros destinos hasta que llegó a Haití, donde contribuyó a mejorar la sanidad de la isla, a la vez que se interesaba por las culturas animistas y por el vudú. En 1945 regresó a París, donde continuó trabajando como médico hasta su muerte.

